



Discurso del Sr. Dr. Dn. César Jácome Moscoso,
Profesor Titular de la Cátedra de Clínica Obstétrica

Con ocasión de haber celebrado sus Bodas de Plata profesionales, el Sr. Dr. César Jácome Moscoso, recibió el cordial homenaje de los Profesores de la Facultad de Ciencias Médicas, a la que él ha sabido honrar con sus valiosos conocimientos científicos y su egregio apostolado de Maestro: en tal oportunidad, pronunció el discurso cuyo texto tenemos el agrado de publicar a continuación:

«Señores:

Después de veinticinco largos años de peregrinación con el Título de Médico quisiera en este momento hacerles par-

ticipes, estimados colegas y amigos, de los sentimientos y sensaciones que me embargan cuando al regresar la mirada contemplo esta fase de mi vida: siendo sincero puedo declararles que siento angustia; la que todos sienten cuando vemos cómo eternamente y en forma inmisericorde el sol nace y se pone marcándonos los minutos y segundos que indefectiblemente nos acercan a la hora cero, la hora tan temida por todos y que, a medida que se marcan jalones en el recorrido de la existencia, se la siente más y más cercana quedándonos tal vez como consuelo el que de esta preocupación nadie puede escapar.

En segundo lugar, aquí, haciendo ya examen de conciencia salta la segunda cuestión y es la pregunta que para responderla y para no engañarme a mí mismo habré de recurrir a toda mi sinceridad; cuál la obra, la propia obra en estos veinticinco años? y entonces vienen a mi memoria el cúmulo de ilusiones que, antes de partir hacia la meta, estudiante todavía, invadían mi sentimiento: la sabiduría, la gloria, el éxito: bellas palabras, Bellocino de oro, tras cuya conquista inopinadamente y antes de estar siquiera cerca, encuentran al hombre con que se le acaba la vida. Pero también es cierto que el hombre vive de la esperanza y de la ambición que lo mantienen espiritualmente como el pan al cuerpo, pero que, con tanta frecuencia, cuando las posibilidades personales para alcanzarlas no se reconocen con criterio humilde, cuando la ambición y la esperanza son excesivas para la capacidad individual, el no realizarlas debe ser el mayor martirio, el justo castigo de la vanidad y la soberbia.

Hace cinco lustros el momento de graduarme felizmente penetró en mi mente la gran verdad: si la sabiduría no existe, si los sabios no pueden explicar todavía las cosas más tribiales aunque conocieran secretos del cosmos, no quedaba otro camino, que ir detrás del griego que sabía solamente en su grandeza de su ignorancia y no quedaba otro recurso que ir en pos de la acción dentro de reconocidos y restringidos límites personales y del medio, procurando hacer lo mejor posible, desvelándome a veces por coaseguirlo pero eso sí, y ésta es mi única vanidad, mi máspreciado éxito, sin haberle hecho el menor daño a nadie y con la sinceridad de aquel que todo lo que hizo lo volviera a hacer; la tranquilidad que esto proporciona es la única que puede alegrar la vida mereciendo la pena vivirla.

Estando en realización y en línea recta este modestísimo programa un día fui llamado por la Universidad y para corresponder a distinción tan grande me pareció que el estudio y entusiasmo pudieran suplir mis mínimos dotes y a ello me he dedicado. Mi labor en la Cátedra? muy simple: decir a mis discípulos todo lo que yo he aprendido y he practicado y tratar de que, si gustan me sigan por este escabroso y esclavizante sendero de mi especialidad, es decir, tratar de formar discípulos procurando inculcar en ellos a todo trance la idea de humildad científica y en especial la corrección y decencia que se consigue simplemente no haciendo daño y procurando no engañarse a sí mismo. Tengo la satisfacción de contar ya con un pequeño pero brillante grupo de ellos, formados dentro de estas simples normas; así como los propios hijos perpetúan la memoria de sus padres evitándoles la muerte que no viene sino con el olvido, ellos sabrán y a ello aspiro, conservar mi recuerdo en su memoria y decir tal vez: hubo en Quito un Profesor que quiso un día hacer avanzar la Obstetricia Quiteña siquiera uno o dos escalones y ojalá me fuera dado el haber podido realizar esta ilusión que la deseo con vehemencia para el buen nombre de la Patria Chica que es el de la Medicina Ecuatoriana y al mismo tiempo por el de la Facultad de Medicina de Quito que tantos y tan altos valores ha tenido. **¡Por más!** que ellos no hayan nunca atraído la atención con panderetas, pues los auténticos y verdaderos científicos no las han necesitado nunca.

Esta es señores mi labor en la vida profesional que no ha tenido sino dos finalidades específicas que como faros la han guiado siempre: tratar de mejorar en lo posible lo presente en el terreno científico y procurarme, tal vez en forma egoísta, una infinita tranquilidad de espíritu sabiendo que en mi propia conciencia no existe reproche.

Merece todo esto exaltarse? los altos conceptos aquí vertidos sobre mi persona no serán el producto de la amistad, del cariño o en todo caso de una infinita gentileza? Ante la escasez de mis méritos no me explico sino por ellas esta cariñosa adhesión que será para mí lo que es la estrella vespertina al acabarse el día.

Muchas gracias señores Profesores y amigos.